llamada la *majestad de la fuerza,* nadie puede entonces expresar la espontánea veneración y los sinceros respetos que tal maestro suscita en las almas de los niños que ya en brazos de sus madres recibieron la primera revelación de la grandeza cristiana y la primera palabra que les mostró á Jesucristo.

Si la religión católica es la mayor escuela de respeto, despreciar esta religión que toca á Dios por su cima es matar el respeto en su misma fuente, en el seno de Dios de donde bajan las grandezas que llevan impresa su imagen, es rebajar todo lo que es grande, envilecer todo lo que es noble, profanar todo lo que es santo y degradar todo lo que es sublime. Del desprecio de Dios viene naturalmente el desprecio á las almas, á las sociedades, á la soberanía, á la paternidad, á las leyes, á las instituciones. Ni el hombre aprende á respetar sinó en la escuela de la religión, ni aprende á educarse sinó en la escuela del respeto.

— 2 —

El respeto que desde Dios baja al alma de los niños, eleva hacia lo alto sus potencias, es la savia divina del crecimiento moral: hace crecer al niño hasta la altura de hombre para subir hasta Dios. Al tiempo que su cuerpo va llegando por el impulso de su naturaleza hasta la estatura natural, su alma debe subir por la educación de su inteligencia, de su corazón, de su voluntad hasta la altura de Dios. La educación debe ser ascensión constante del alma hacia la región de lo infinito: esta ley de la educación está escrita por la Providencia en el fondo de nuestra naturaleza; cúmplese cuando se satisfacen de la manera más perfecta posible las legítimas necesidades de la vida al tiempo que se desarrolla: así, la obediencia es ley de la educación porque tenemos necesidad de obedecer; el amor es ley de la educación porque tenemos necesidad de amar; la fe es ley de la educación porque tenemos necesidad de creer; y

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

el respeto es ley de la educación porque tenemos necesidad de respetar.

El hábito del respeto da á la vida la dirección ascendente; y ésta llega á la región más elevada cuando la educación satisface esa imperiosa necesidad de una manera verdaderamente digna. Esta necesidad aparece en el alma del niño desde que la razón con sus primeros resplandores le descubre las cimas del mundo moral, á la manera que el sol, antes de aparecer en el horizonte, baña ya de luz las cimas del mundo material: así que el niño ve ante sí una grandeza moral, siente la necesidad cándida y generosa de manifestar su emoción por medio del respeto que su alma le envía como homenaje debido.

Dios ha puesto en el alma del niño poder para mirar las grandezas morales, noble corazón para amarlas y sensibilidad para extremecerse á su contacto; y esos ojos, ese amor, esos extremecimientos son signos evidentes de su vocación á engradecerse y elevarse á las mismas grandezas que le conmueven, que le llaman y dicen á sus más nobles inclinaciones: «hénos aquí, mira lo que tú debes ser:» cada vez que ante una majestad siente el niño ese golpe misterioso que despierta sus más bellos instintos y hace vibrar sus fibras más generosas, siente también una atracción irresistible á subir hasta aquello cuya vista le encanta y enamora. Como el sol que desarrollando las plantas por medio del calor, las hace crecer y las atrae hacia sí, del mismo modo influye una grandeza sobre el alma cuando se ha dejado sentir y amar y despertado en su favor las simpatías: entonces no sólo se la mira, sinó se la desea, se la busca; no sólo agrada y deleita, sinó que encanta y atrae; no sólo se une con el alma que ha sentido la dulce fascinación de sus miradas, sinó que la trasporta y arrebata; trasporte sublime, arrobamiento generoso que levanta al alma sobre sí y le une por medio de la contemplación, del amor y de la imitación á la grandeza que respeta y venera.

Toda grandeza es como una aparición parcial del infi-

nito cuya imagen, impresa por la mano de Dios, lleva el alma en el fondo de sí misma; y como el artista que, al comparar su obra con el ideal que tiene, hállala imperfecta y tiende á mejorarla, así el niño respetuoso experimenta ante las superioridades que descubre, una necesidad invencible de elevarse hasta ellas y hacerse de este modo superior á sí mismo.

¿Qué padres dejarían de sentir la ambición tan natural de poder ver en sus hijos que son la continuación de su ser, lo más hermoso, lo más elevado y lo más distinguido que hay en la humanidad, si para transfigurarlos de esta manera, les bastase hacerles mirar la fisonomía más bella y contemplar el alma más grande? Pues esta es la realidad sublime de toda educación que se forma bajo las nobles influencias del respeto. Si los padres ponen siempre delante de sus hijos y los maestros delante de sus discípulos lo que es grande y nada más que lo grande, y hacen que á esto se les profese verdadero y sincero respeto, forzosamente la grandeza los formará á su imagen, y esos hijos y esos discípulos serán verdaderamente distinguidos, hombres elevados, grandes hombres porque han visto y respetado la grandeza. Y aún cuando les faltara el aire distinguido y la elegancia de formas de la nobleza tradicional, no les faltará lo que vale inmensamente más, la grandeza del alma y la elevación de los sentimientos; casi siempre tendrán lo uno y lo otro; serán grandes en lo exterior y distinguidos en lo interior; porque lo que forma los corazones nobles y las almas elevadas es la educación que crea los grandes sentimientos y el hábito de los grandes respetos: esa es la escuela que forma los alumnos sublimes, los hombres de honor y bien educados, ostentando en sus frentes el sello de la grandeza. ¡Qué grandes son sus pensamientos, su corazón, sus sentimientos, su voluntad, su alma y todo su ser! ¡Qué gracia en su dignidad y qué modestia en su grandeza! Lo noble, lo elevado los encanta y extremece todo su ser. Una gran virtud, una abnegación sublime, un sacrificio heróico inunda de luz

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

sus almas, de sentimiento sus corazones y de lágrimas sus ojos: lágrimas generosas que brillan al resplandor de la gloria pura y desinteresada, como brillan las gotas del rocío á la luz de los rayos del sol.

Por el contrario, todo lo vil, rastrero, servil y degradado, aunque el universo lo aplauda y la victoria lo corone, suscita en ellos noble y generosa indignación; diríase que la dignidad les es connatural, al ver la gracia con que la llevan y la fuerza con que la defienden: así su distinción es natural y expontánea, como la flor en su tallo ó el perfume en la flor; es el reflejo del alma que irradia la verdadera grandeza: esta raza de hombres á fuerza de venerar, se han hecho venerables.

Si la niñez es siempre digna de gran respeto, merécelo mayor aún la que con el respeto se ha cubierto de consideración, de dignidad y de honor. El niño que ha sabido obedecer puede profetizar anticipadamente sus victorias, porque su obediencia le ha revestido de fuerza para vencer y de poder para triunfar. Y el niño que ha sido respetuoso puede profetizar la consideración que le espera, porque el respeto le ha dado dignidad, difundiendo sobre todo su ser la irradiación de la grandeza.

Un pueblo pequeño por su número, mas educado en la escuela del respeto, será un pueblo de grandezas, de vidas ilustres y nobles existencias de que carecen las sociedades gigantescas, á quienes en vano se intenta dar el nombre de grandes pueblos.

Mas así como el respeto engrandece y eleva las almas, el desprecio ó la falta de respeto las envilece y degrada. El niño á quien no se ha enseñado á respetar las superioridades sociales, morales y religiosas, las despreciará; su instinto de grandeza y sus homenajes se dirigirán á lo vil, abyecto y despreciable; sus menosprecios, á lo que es grande, sublime y venerable; y esta educación falseada, esta perversión de la vida es la espantosa degradación moral que corrompe al hombre, cuando es niño, para que el niño, cuando sea hombre, trabaje por corromper la sociedad:

ese niño que no sabe respetar se hace despreciable: su alma envilecida insultará las grandes virtudes, el raro mérito, las personalidades augustas, las instituciones venerables, porque es propio de la vileza insultar la majestad; y esos insultos, al descender de la altura de las cosas despreciadas, le degradarán más y más hasta sepultarle en el oprobio de su mayor envilecimiento. Mientras el bien educado se eleva mirando á lo alto, á lo santo, á lo augusto, á lo venerable, el irrespetuoso sólo mira hacia lo bajo, desconoce la dignidad, desdeña la grandeza, llega hasta perder el instinto de ella, y en sus miradas insolentes y en su fisionomía degradada aparece el desprecio como un estigma y un anatema; se cree grande porque desdeña, superior porque insulta, sublime, porque desprecia; en su vergonzosa degradación está tocando á la barbarie, y llegará á ser el oprobio y la amenaza constante contra la humanidad.

Cuando el desprecio de las cosas grandes, de las instituciones santas y de las verdades augustas ha invadido á todo un pueblo; y sobre todo, cuando desnaturalizando las cosas, falseando las ideas y pervirtiendo el lenguaje, las masas lo aceptan como bandera de engrandecimiento; ¡oh! entonces ya no es sólo un hombre, es la humanidad la que se degrada: entonces decaen los caracteres, descienden las almas, se rebajan los hombres, las grandes figuras son muy raras en la escena del mundo, y el nivel de la grandeza nacional baja al par con el nivel de la grandeza de la humana dignidad: entonces la corriente del desprecio despierta los instintos viles que duermen en el fondo de las almas, y triunfante al resplandor de los insultos que lanza la audacia sobre las cimas más altas del mundo, hunde el poder moral de la autoridad juntamente con el prestigio del respeto; y una autoridad desprestigiada muere sin remedio.

Siendo, pues, la educación del respeto la que engrandece á la humanidad, deberá enseñarse á los niños á respetar, ante todo, lo que es venerable, todo lo que lleva consigo una imagen más ó menos radiante de Dios: el niño

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

deberá respetar *á los hombres, á las instituciones, á los principios y á sí mismo.*

En los hombres deberá especialmente respetar á los que representan algo de las dos grandes majestades, la de la religión y la de la patria: los sacerdocios, los pontificados, las magistraturas, los cargos públicos, los gobiernos, las soberanías, las superioridades individuales que sobre una y otra majestad difunden el brillo de su propia gloria: los grandes santos, los grandes capitanes, los grandes héroes, los grandes bienhechores de la humanidad, los genios fieles á Dios y consagrados á los hombres, todo lo que en la humanidad ostenta la santa aureola de la grandeza moral; y en fin, el hombre mismo con la majestad de su inteligencia, de su libertad, de su alma, el hombre, la imagen más grande de Dios en la creación.

El niño deberá aprender á respetar las santas y venerables instituciones que han debido á la Providencia, á la acción del tiempo y á sus propios beneficios una grandeza que nos domina y que se impone á nuestros respetos: creaciones seculares que llevan impreso el sello del amor y de la majestad y que nos muestran el genio de nuestros mayores, el sudor de nuestros antepasados, las huellas del trabajo, las cicatrices de la lucha, el signo de la abnegación, la consagración de la experiencia, el sufragio de los siglos, el reconocimiento de los pueblos, las bendiciones de las generaciones que han crecido á su sombra; y sobre todo esto, la hermosa y venerable gloria de su antigüedad. El orgullo y la impiedad reniegan de la venerabilidad que va aneja á lo antiguo; mas la religión que ama todo lo que en la humanidad representa á Dios, nos llama á respetarla. La antigüedad es como una imagen de la eternidad de Dios en el tiempo; representa la majestad de la fuerza y la majestad del tiempo; las tormentas porque ha atravesado y las muchas fuerzas que ha vencido, nos la hacen aparecer al presente cubierta con el manto de las grandezas de lo pasado y de las claridades de su historia, siendo la venerabilidad su legítima corona.

Los principios, el derecho, la justicia, gérmenes de toda grandeza moral, raiz y consagración de todo lo digno, hé aquí lo que sobre todo se enseñará á los niños á respetar. La justicia es con Dios y en Dios la primera superioridad á que debemos nuestros respetos; porque la justicia es la reberberación de Dios en la conciencia, es la firma divina en el fondo de nuestra alma, la soberanía misma que nos somete á lo eterno y á lo inmutable. Los principios y la justicia son verdades independientes de nosotros; hay que aceptarlas de grado ó por fuerza para vivir y más aún para educarse: reconocerlas y obedecerlas es la más alta dignidad del hombre y la honra más alta de las sociedades; y el golpe más mortal que puede darse á la dignidad humana y á la grandeza social es el desprecio de ese derecho soberano; porque no hay persuasión más soberbia y más loca, ya por parte de un hombre, ya por parte de un pueblo que la de que no hay nada superior á la voluntad humana; que se puede dominarlo todo, incluso el derecho, y mudarlo todo, hasta lo inmutable; pretensión tan grosera como salvaje y absurda.

En este punto la religión verdadera no ha faltado, como no faltará nunca, á su misión, proclamando siempre ante la niñez y ante la sociedad, como la ley de las almas y de las sociedades, el respeto en todo y por todo á la soberanía absoluta y inalienable del derecho y defendiéndola con su propio respeto contra el despotismo del capricho y la insolencia del éxito.

En el derecho se halla el principio fundamental del respeto: ahí está el verdadero origen del que se debe á los hombres y á las cosas, y de este otro respeto, necesario á los hombres y á los pueblos, el respeto de sí mismo.

La educación según el espíritu del *Apostolado* debe, pues, enseñar á los niños á respetar á los hombres, á respetar las instituciones, á respetar los principios y á respetarse á sí mismos.

Como los respetos son siempre solidarios, el niño habituado á respetar una grandeza, encuentra serle fácil rendir

BIBLIOTECA GENERAL U.A.N.L.

sus homenajes á cosas ó personas, do quiera se le presente la imagen de la grandeza: allí descubre siempre la razón suprema de la necesidad de respetar: la manifestación de la grandeza de Dios. En muchas cosas fuera de sí deberá el niño reconocer y respetar la irradiación de la majestad de Dios, mas, ante todo, deberá reconocerla y respetarla en sí mismo, en su alma, en su corazón y en su cuerpo; pudiendo decirse del respeto lo que se ha dicho de la caridad: el respeto bien ordenado empieza por sí mismo.

Así como los respetos, son también solidarios los desprecios: el que desprecia una grandeza moral que no es tal sinó porque fulgura en ella la majestad de Dios, despreciará cualquiera otra grandeza y se despreciará á sí mismo. El desprecio de sí mismo es el más vil y degradante: consiste en creer que un vil metal ó un billete de banco es digna representación de su valor, como hombre ó de su valor en la sociedad: el hombre que se desprecia, no se avergüenza de venderlo todo, su pensamiento, su palabra, sus funciones, á sí mismo todo entero: hé aquí el origen de las apostasías que consternan á las almas religiosas, de las adulaciones mercenarias á los crímenes triunfantes y de esos anatemas asalariados que se lanzan contra el derecho, cuando sucumbe bajo la brutalidad de la fuerza.

El hombre no puede mostrarse indiferente ante una grandeza que se presenta á su vista; si desde niño no ha aprendido á respetarla, la despreciará; y cuanto mayor sea la altura del desprecio, mayor será, al caer, la degradación que causa y los escándalos inauditos que produzca.

El desprecio que degrada á la humanidad es el fruto natural de las escuelas del anticristianismo: el respeto que la engrandece y eleva, es también fruto natural de las escuelas del cristianismo verdero ó sea el catolicismo.